

LOS MÁRTIRES DE TACUBAYA



CAPÍTULO PRIMERO

La batalla de Salamanca

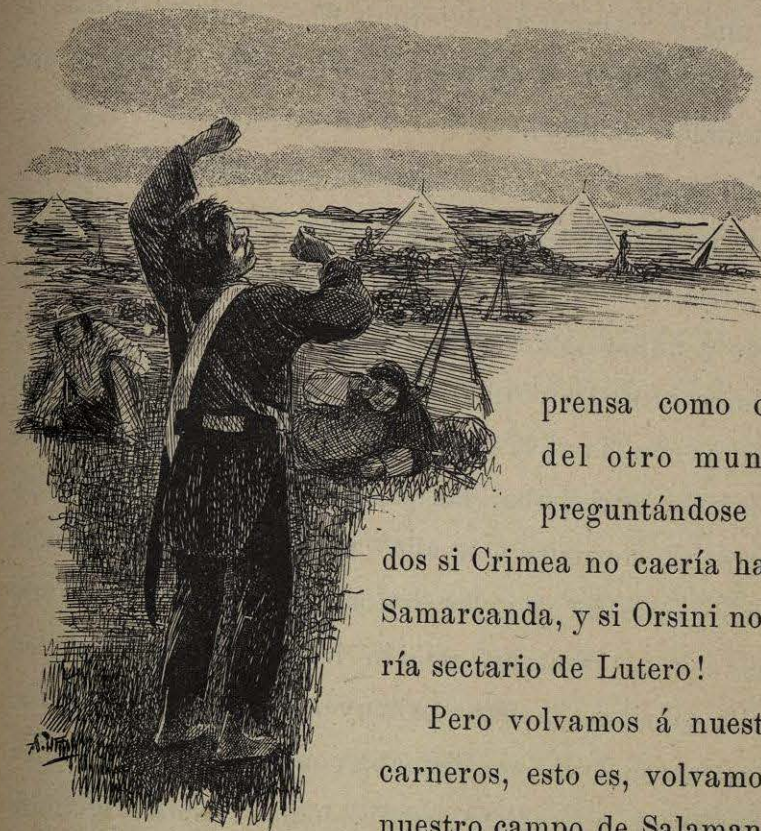
UN literato de esos que llaman ahora coloristas, habría sentido que le llenaba las medidas aquel campo nuestro, en que se hallaban representadas todas las razas, todas las latitudes, todas las provincias y todos los tipos de nuestro bendito país.

Ahora que los ferrocarriles han hecho comunes los vínculos entre los Estados, el yucateco no tiene diferencia con el chihuahuense, ni el habitante de las costas con el del interior, ni el fronterizo con el vecino de la capital; entonces, es decir, en pleno año de 1858, las cosas marchaban de otro modo; y ya no de región á región, sino de pueblo á pueblo, existían murallas de China inviolables é invioladas.

El oriundo de Aguascalientes sentía orgullo en oirse llamar *chilero*, y en apellidar *quince pesos nada menos*, á los de San Juan de los Lagos; *chapulineros*, á los de Tlaxochimaco; *tapatíos*, á los de Guadalajara; *tusos*, á los de Zacatecas, y *alacranes* á los de Durango, sin perjuicio de hacer rabiarse á los de Lagos con los mil cuentecillos que han obligado á los de esa tierra á demostrar que son más listos que Cardona.

En mi tiempo llamaban la atención los vecinos de otros lugares, como podrían llamarla un ternero de ocho patas ó un enano de media vara; *la poblana*, *las jalapeñas*, *los colimotes*, eran los nombres que se aplicaban á los extraños para distinguirlos de las gentes de la tierra. Un extranjero tenía que ser á la fuerza un ser extraordinario. Mr. Mac Goun se conocía en todo el Estado y aun en toda la República por *el inglés de Guadalajara*; Arnaud era ante todo el mundo *el francés*, y nada más que el francés.

¡Tiempos dichosos, en que se tenía noticia de las naciones extranjeras por las borrosas y chillonas vistas de un cosmorama, y en que se miraba á Fray José María de Jesús Guzmán, que había estado en Tierra Santa, con el asombro mezclado de terror con que veían sus paisanos á Marco Polo veneciano, que había ido á las tierras del Preste Juan, ó al Dante que había bajado hasta las calderas de Pero Botero! ¡Tiempos dichosos, en que se discutían en la botica los trasnochados *telegramos* que traía la



prensa como cosa del otro mundo, preguntándose todos si Crimea no caería hacia Samarcanda, y si Orsini no sería sectario de Lutero!

Pero volvamos á nuestros carneros, esto es, volvamos á nuestro campo de Salamanca, más acá de Cerro Gordo, donde estábamos estacionados desde el día ocho de Marzo.

La diana resonó á las cuatro, despertando á los aletargados, haciendo rabiarse á los dormilones, poniendo en pie á los listos y recordando á todos que en aquel día teníamos que resolver el albur que desde el anterior se corría.

Las tiendas de los oficiales se destacaban entre la bruma como *coecillos* desparramados al azar; los soldados, que habían dormido al raso, saltaban de los lechos que

cada uno se había improvisado, ora quitando los sudaderos del caballo, ora poniendo por cabecera el fusil, ora recostándose simplemente sobre el brazo.

Una sucesión de cantos de gallo, de balidos de cordero, de mugidos de buey, de *alabados* y de palabrotas salía de las gargantas de los militares. Estaba de buen humor la gente, y había que esperar que se batiría con ánimo.

Entre tanto, la diana daba vuelta al campo, enredaba sus notas con las de la banda del regimiento cercano; las movía, las estrechaba, las separaba, las confundía, las dispersaba, formaba con ellas un collar y engarzaba el tambor con la corneta, los gritos con los rumores y los vivas con los mueras. ¡Quién había de creer que en aquella sonriente mañana primaveral, á la hora en que el último fulgor de la luna luchaba con la faja blanquecina que aparecía á nuestro frente, todos aquellos hombres sólo pensaban en matar á otros que habían dormido á unos cuantos pasos de ellos!

Las *grandes guardias* recorrieron el campamento; no se hubiera emboscado por la noche el enemigo en el recinto nuestro. A poco empezaron á formarse los batallones y regimientos, respondiendo á la llamada de lista.

Había jinetes de hacienda, con el sombrero de anchas alas y copa baja, el zarape del Saltillo, la pechera, las armas de agua y la reata en los *tientos*, rigiendo potros chiquitines y al parecer sin vigor, pero hechos en realidad

á la carrera, á la fatiga y al alcance. Había indios de calzón blanco, de sombrero de palma, y de *guarachi* de correas, portando por todo armamento el viejo fusil de chispa y el machete *guango* de los costeños, y por todo atavío el morral de manta en que cargaban el *parque* y las gordas.

Había rancheros de buen rostro, guapos, barbudos, serios, de chaqueta de cuero con gran águila bordada en la espalda, ya á horcajadas en sus caballos de buena boca. Y había, en fin, barreteros zacatecanos y guanajuatenses, hortelanos de Aguascalientes, pelados de Morelia y de Guadalajara y gentes de todas clases y procedencias. Y sobre toda esa masa colecticia se destacaba el ejército, los uniformados, los cuerpos que habían peleado en la Magdalena ó en Puebla, los que sabían ya de cosas guerreras y que sentían carne de gallina, porque estaban enterados de lo que era dar y recibir.

El rancho fué parco y escaso; las *galletas* recorrían las filas llevando á sus hombres el café, el trozo de carne, los frijoles y las gordas de comal, y los soldados, descansando en sus armas, comían aquellos rústicos manjares que muchos de seguro no volverían á ingerir.

Ya estaban formadas en el Molino de Soria las dos columnas que debían iniciar el ataque, una á las órdenes de don Mariano Morett y otra á las de Pepe Calderón, mandando Morett el movimiento. Calderón llevaba á sus

órdenes el primer cuerpo de Lanceros de Jalisco y el escuadrón de Sierra Gorda; Morett conducía tropas de Guanajuato y de Michoacán, en que yo estaba alistado.

Mientras se hacían estos movimientos preliminares, el sol salía extendiéndose como un gran manto de fuego, dorando la hierba, haciendo cabrillar el agua de las grandes charcas que á derecha é izquierda se habían formado artificialmente, detonando en las armas é hiriendo los colores de las mantas, los estambres de las monturas, las toquillas de los sombreros y las rodajas de las espuelas.

Sonaban las seis en la iglesita del pueblo, cuando vimos formada al frente de nuestras tropas, entre Cerro Gordo y Salamanca, una masa de infantes en línea muy prolongada. Pasó una comitiva de oficiales acompañando á un jefe, á cuyo paso batieron marcha todas las bandas y tocaron el Himno nacional todas las músicas. Se distinguían bordados y arneses, colores de cabalgaduras y matices de guiones... De repente se oyeron cuatro tiros, luego otro más, después una salva nutrida.

— Ya se quemaron los primeros cartuchos, dijo un soldado; debe de ser la guerrilla de Rocha; no ha de pasar de un reconocimiento.

Pero el fuego no cesaba, y pronto se oyó un cañonazo que levantó una columnita de humo; luego siguióse escuchando la *esquitera*, que hacía el efecto de rumor de fuegos artificiales á distancia: hasta parecía como que la conflu-

gración se comunicaba de uno á otro extremo como en los castillos de las verbenas.

Veíamos al principio los campamentos de Huerta y de Doblado; pero á poco nos los ocultó el humo.

En un grupo de oficiales se miraba discutir á los dos jefes; Morett, gordo, *chaparrón*, de cabello rubio ensortijado, de color enrojecido, lo que se llama en el país un *güero camarón*; Calderón, alto, de ojos negros centelleantes y terribles, vestido con nimia escrupulosidad, cabello cortado al rape y barba de *crépe*. Montaba un precioso caballo negro, de buena alzada, aunque no tan grande como el bayo-lobo de Morett. Les rodeaban diez ó doce jefes jóvenes, entre los cuales distinguí á Leandro del Valle.

De repente, Calderón se incorporó á la tropa, se afianzó en los estribos, sacó la espada, miró á sus gentes con aire de mando, de desafío, de reto, de imprecación, de insulto, y cuando todos aguardaban un discurso, alguna de esas frases que se clavan en el alma del soldado, como los aguijones se clavan en la carne, se limitó á decir, poniendo el caballo á media rienda: ¡*A ellos!*, y señaló la hueste enemiga que descansaba sobre las armas.

Vimos á los contrarios que emprendían un movimiento, y al General del lucido cortejo dirigirse hacia una mancha de monte que se descubría á la derecha.

Pero Calderón no parecía notar esas cosas. Al paso de las bestias marchaba su *culebra* de caballería; vadeó un

pequeño torrente, subió á una colina, desde donde podían otearse á maravilla los dos campos, rompió por el portillo de una cerca, atravesando el sembrado inmediato, y entonces los caballos tomaron un trote largo.

Los contrarios no querían creer en la osadía de aquellos hombres, que á poco se lanzaban al galope, como una tempestad, como una fuerza de la naturaleza, sin considerar obstáculos, sin ver dificultades, arrolladores, vengadores, tremendos.

Penetraron por la izquierda y vimos desorganizarse á un batallón y caer á muchos infantes al poder de la inercia.

— Es la brigada Blancarte, dijo el teniente de mi compañía; ya esa naranja se heló; vea, capitán, cómo corren tirando mochilas y quepis los malditos retrógrados... Ya cae otro batallón.

Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios como una cuña, como una flecha impulsada por mano certera. Veíamos el fulgor de los sables, las manos morenas en lo alto, una confusión de caballos y caballeros que, agrupándose, reuniéndose, apretándose unos contra otros, producían á los ojos la sensación de un caleidoscopio. Cuando se lograba ver caballos tordillos melados, llevando á la grupa frazadas rojas, no se tardaba en mirar otros negros ó bayos con que se barajaban y confundían, perdiéndose al fin como una gota de color claro entre los ocre y los betunes de la paleta.



Se introducía la hueste de Calderón en los cuerpos contrarios...

Los sombreros y quepis no se distinguían. Agachados como iban los jinetes, los paños de sol y las alas de los feltros semejaban la concha de una tortuga que se removía con las convulsiones de la muerte.

— ¡Bien, Calderón! gritábase de todos los extremos del campo.

— Ese coronel vale más oro que pesa. ¡Arriba, San Luis!

— ¡Arriba, Guanajuato!

— ¡Ahora, Morett!

De repente oímos un estruendo que nos heló la sangre en las venas: doce cañones ocultos en el bosquecito tronaban al unísono y desorganizaban la columna, como no lo había podido hacer el fuego graneado de los infantes de Casanova.

Un grupo de jinetes quiso huir y fué á caer al flanco izquierdo, al punto de donde salían los tiros. Muchos se derrumbaron abriendo los brazos, cayendo de bruces al suelo; algunos conservaban todavía el sable en la mano, otros eran arrastrados, pendientes todavía de un estribo, por la cabalgadura enloquecida.

Un jefe de barbas blancas, á caballo sobre un penco colorado cuatralbo, accionaba, pedía, suplicaba y halagaba; pero como la desbandada continuara, sacó el revólver, y después de dejar tres infelices en el sitio, detuvo la dispersión.

Al fin la cuña se desmoronó; cada quien corrió por su lado y sólo se vió caballos que olfateaban el viento, relinchando con suprema angustia, llenos de sangre, arrastrando herrajes y mantas, y buscando la salida de aquel círculo de fuego que los envolvía.

Un *cuaco* prieto, de buena alzada, con montura de coronel, una pistola en las pistoleras, y un capote militar en ancas, pasó trabajosamente frente á nosotros: iba pisándose los intestinos y destrozándose las entrañas como caballo de lidia.

— Es el caballo de Pepe Calderón, dijo alguien... Es el *Merlín*.

— Debe de haber muerto Pepe.

— Debe de estar herido.

— Esos disparos de cañón fueron de don Ceferino Rodríguez, estoy seguro de ello.

— ¡Lástima de Calderón! ¡tan bonito jefe!

— Era todo un caballero.

— Era todo un valiente.

Entre tanto, se extendían murmullos por toda nuestra columna.

— Los dejamos solos y sin auxilio.

— Ya viene un ayudante y habla con Morett.

— ¡Por fin es la nuestra, compañeros; ya viene la orden de atacar! dijo un oficial de ojos chiquitines y dientes blancos.

— No se necesitaba orden, porque el movimiento estaba concertado desde anoche.

Al fin nos movimos; pero ¡oh, vergüenza! para meternos á campo traviesa por un sembrado y dar vuelta á Salamanca, donde ya se introducía Miramón, mientras Casanova se acercaba al rancho del Perú.

Todavía nos figurábamos que iríamos á atacar á Mejía, á quien hacía retroceder Huerta, aunque en buen orden, pero nos engañamos; cuando llegaban el escuadrón de Guías y el segundo de caballería á las órdenes de Osollos, Morett esquivó el paso, y siguió poco á poco con su Estado mayor en dirección á Celaya.

— Estamos vendidos.

— ¡Traición! ¡Nos entregó el tacubayista Morett!

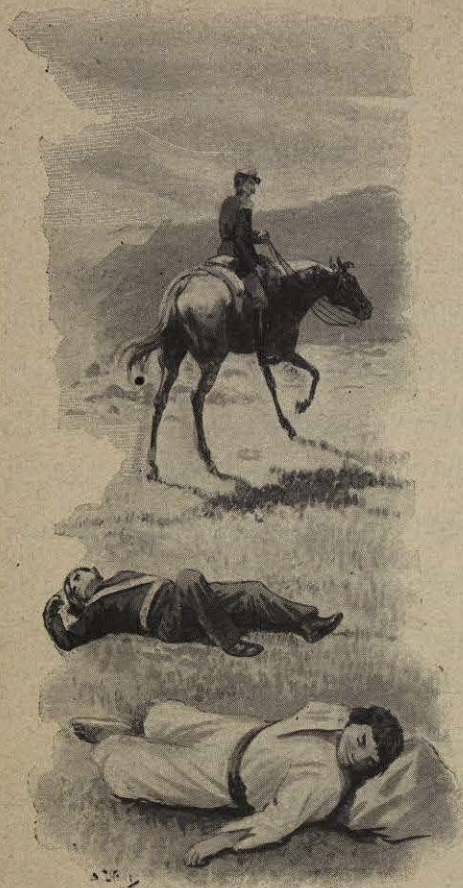
— ¡Muera el Judas!

— ¡Muera el que dejó perecer á nuestros compañeros de Jalisco y Michoacán!

La dispersión se inició entonces: pero no ordenada, sino tremenda, furiosa, de sálvese quien pueda.

Yo azucé á mi caballo y emprendí el camino de Irapuato, en cuya dirección veía que se alejaban grupos ordenados de tropas nuestras.

¡Qué pequeña es la especie humana! Los mismos que hacía un rato hablaban de morir y que quizás habrían muerto gloriosamente, ahora huían como liebres asustadas. Quién se despojaba del uniforme, quién arrojaba el



fusil á una zanja, quién seguía disparando tiros al azar, maquinalmente, con embriaguez de enajenado.

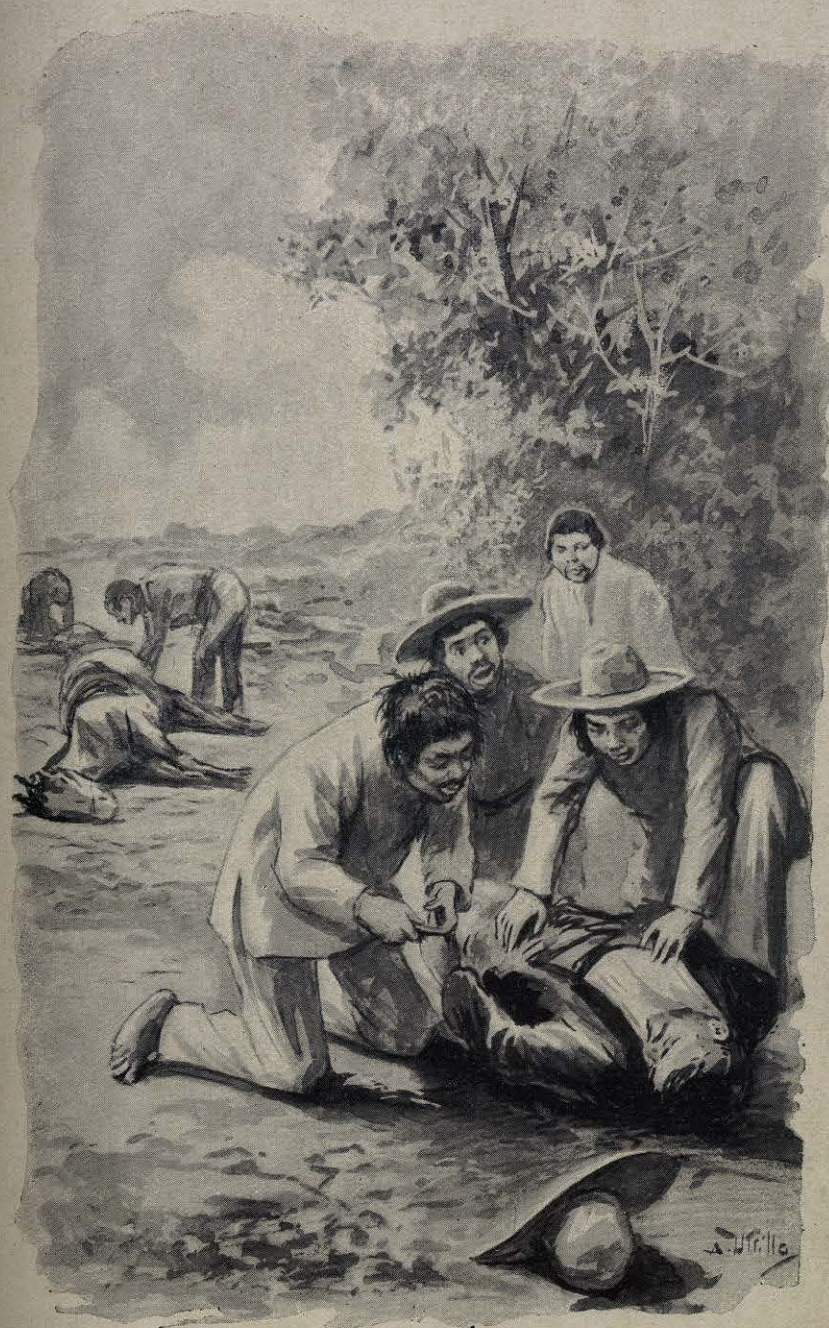
Llegué al centro del campo, donde se había librado la batalla, y ví alejarse las tropas conservadoras tocando dianas y tremolando al aire banderas y guiones.

Un soldado estaba por el suelo, con una sola herida que le abarcaba desde el cráneo hasta la barba: tenía los ojos salidos, el cabello lleno

de sangre todavía tibia, los dientes á la vista, las manos crispadas y en ademán de herir.

Un indio, de calzón blanco immaculado, estaba como dormido, recostado sobre una gran piedra; un hilo de sangre le manaba de la boca y enrojecía el zacate en que saltaban unos insectillos.

Un viejo estaba de cara al sol, con un enorme balazo que le había echado fuera la masa encefálica.



... estaba un grupo de *pepenadores* rodeando un cuerpo...

A medida que avanzaba más, el número de cuerpos tirados por el suelo era mayor. Unos me miraban con ojos de terror, desde los limbos de la muerte en que yacían; otros pedían agua; otros que los remataran para acabar con sus sufrimientos.

En un recodo del camino, junto á tres hombres y un caballo muertos, estaba un grupo de *pepenadores* (1), rodeando un cuerpo, difunto al parecer.

Ya le habían desnudado del uniforme tomando reloj, cartera y papeles, y una arpía de rostro amondongado, que parecía mandar á aquella turba de rufianes, se preparaba á cortar un dedo al casi difunto para sacarle una *tumbaga*, cuando me presenté blandiendo el machete. Echaron á correr los despojadores, y yo bajé del caballo por ver si podía prestar auxilio al caído.

Era éste mozo trigueño, de facciones finas, de formas hercúleas, vestido al uso de nuestra gente de campo. Tenía en la cabeza una gran herida que le había roto el jarano y el cuero cabelludo y quizás el hueso; los cabellos, que eran negros y abundantes, estaban apelmazados con la sangre; frente, nariz y barba, se veían rojos, y el suelo también estaba manchado á trechos.

(1) *Pepenar* se llama el acto de juntar granos ú objetos menudos, y *pepenadores* se apellidaba, en tiempo de guerra, á los merodeadores que despojaban cadáveres ó recogían lo que los ejércitos habían dejado á su paso.

Cogí el cuerpo, que estaba inerte, pero con calor de vida, y seguí mi camino con él atravesado sobre la silla. Cerca de Irapuato, el número de fugitivos era mayor; los soldados ya obedecían á los jefes; las armas se iban recogiendo, y todo presentaba aspecto más ordenado.

Caminaba con el cuerpo del herido á cuestas, cuando oí que me hablaban por mi nombre. Era un ayudante del cuartel general, llamado Ríos, que celebró mucho el haberme encontrado.

— Tras de usted andaba, la Llana; el general dispone que se presente sin excusa ni pretexto.

— Voy en seguida; no más deposito en lugar seguro á este herido, que no quise dejar expuesto á que le remataran los *pepenadores*.

— ¿Es de los nuestros?

— Parece que no, pues en este chaleco, única prenda que le dejaron, está la cruz roja.

— Entonces échelo al suelo y que se lo coman los zopilotes; el hospital está atestado de heridos nuestros, y no es cosa de ejercer obras de misericordia con extraños. Mire usted — y me señalaba las camillas de ambulancia — cómo siguen trayendo gente del campo de batalla. Lucido quedó usted levantando á un mocho bellaco. ¿Por qué no se trajo á todos los que se encontró al paso? ¿Y sabe usted siquiera qué bicho es ese?

— Debe de ser persona decente, porque su ropa interior es de bretaña y estopilla.

— Vea, capitán, podemos salir de dudas muy fácilmente; le asoma la oreja de una cartita por el bolsillo izquierdo.

Tomé el papel, y al pasar la vista por el sobrescrito, me estremecí. Decía éste en letra detestable, como hecha con carrizo puntiagudo:

A manos de buena

ventura hortís.

Onde sialle.

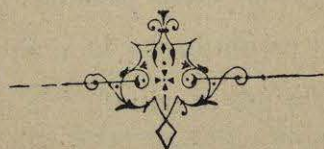
Era él, mi rival, mi mal genio, que aparecía cuando menos deseaba recordar cosas pasadas. ¡Pues qué! ¿También él sentiría el estímulo del honor? ¿También él sería capaz de interesarse por el triunfo ó la derrota de ideales, aunque fueran viejos y sin consistencia? ¿O buscaría acaso la manera de olvidar penas y hasta de inmolarse por ellas?

Pero mientras tanto, el sol que picaba, el aire que oreaba el campo, la juventud del herido ó lo insignificante de la aparatosa lesión, hicieron su efecto y Venturita empezó á quejarse.

— Ya vamos á llegar, hijo, le dije; ahora te pondré en manos de los médicos, que te curarán hasta dejarte bueno.

Cabalmente pasaba una camilla de ambulancia, y en

ella metí á Ventura en unión de un ranchero que se tenía con la mano los intestinos que se le escapaban, y de una vieja herida en un pie por un casco de metralla. Lo pensé mucho; pero al fin me decidí, y dentro de la cubierta de la esquelilla puse una cartulina con mi nombre y la fecha.



CAPÍTULO II

UN PAQUETE DE CARTAS

De Nicolás Cuevas á Juan Pérez de la Llana.

México, Abril 8 de 1858.



¡ Querido Juanito: te debo una explicación de mi conducta, pues hace meses que no me ves, oyes ni entiendes. Si mal no recuerdo, la vez última que nos encontramos fué una en que te dije estaba dedicado á negocios de comercio, de agio ó de no sé qué. Ya ha llovido desde entonces.

Hoy te puedo decir la causa de aquel súbito cambio mío: conspiraba á favor de Santa Anna. Acabo de venir de Turbaco, donde me pasé dos semanas mano á mano con su Bajeza, y te puedo dar razón de cuanto se hace en aquel lejano país.